

92

Escuela Ambulante "G" - La Esqui-
na - Director: Alberto J. Caneco

El tigre y el quirquincho

(~~Legenda~~)
Cuento



Andando el tigre en busca de caza, al pasar por un maternal, tropieza con el quirquincho el que recó una larga distancia. Se sucedio entre ambos, una disputa acalorada, por que los dos se creian ofendidos:

El tigre: - "Bruto que te vienes a colocar en los caminos para interrumpir y ser vis de estorbo a los transeuntes. En este momento iba a dar caza a esa curruela y te atraviesas en mi camino, que por ser te en mi caída, no me rompi un hueso, y en castigo morirás entre mis garras." Y acto continuo, se abalanzó sobre el humilde quirquincho boba, el cual, sin tiendose en peligro, se hizo una pelota, siendole imposible al tigre hacerte el menor daño.

El tigre. - ¡Cobarde! yo no se pelear con hombres acorazados."

El quirquincho. - " Señor tigre, si usted tiene sus motivos para disgustarse conmigo, yo tambien los tengo; yo dormia tranquilamente y vino usted a interrumpir mi sueño"

Viendose uno y otro impotentes para vengarse, acuerdan declararse la guerra. Determinaron el dia y la hora del encuentro.

tro, el lugar del combate, el que sería en las costas de una laguna. La elección de los combatientes, quedó a voluntad de los jefes. — Se despidieron ambos muy cortestamente, no sin demostraciones reticor en sus miradas.

El tigre por su parte, empezó a reclutar a todo animal de garra, buscando los más feroces; leones, panteras, lobos, hienas, osos etc. y hasta don Juan (zorro) que por su astucia, muy pronto le valió el grado de sargento.

El quirquincho buscó a todo animal de flecha; guanqueros, avispas, abejas, pigis etc. los cuales estaban muy bien disciplinados.

El día anterior al del combate, mandó el tigre un espía para ver el estado y actitud que asumía el enemigo, valiéndose a don Juan, por ser más sagaz, el honor de desempeñar esta misión tan delicada. — El quirquincho que todo lo observaba desde tras de un tronco, sin ser visto, lo diviso al zorro y advirtió la maniobra. Llamó a uno de sus soldados más valientes, un guanquero negro, para que escarminante al atrevido. En un cerrar y abrir de ojos estuvo el guanquero prendido en el tronco de la oreja del espía. Este dió un "guac" lastimero. Echó cuerpo a tierra, daba saltos, se rosaba en los quijos y cuantas otras maniobras que tenía apren-

didias; pero todo era inútil. En uno de tantos saltos, lo favoreció la casualidad y cayó en la laguna. Allí se salvó.

Le presentó al tigre, su jefe, y le habló en estos términos: "Mi jefe; poco he observado la posición del enemigo; porque en el momento que estuve por hacerlo, me asaltó por la espalda un soldado negro feo y armado de una flecha muy poderosa, y para prueba, véame la oreja, que a no ser en la laguna, pierdo la vida, porque me salvé en el agua. Si así es el resto de los enemigos tan bravos y encarnizados como éste, de seguro que pierde esta guerra mi jefe."

El tigre, al oír esta noticia, se desahogó en improperios contra el zorro, llamándole embustero, cobarde etc. y estuvo a punto de ser atacado a soldado raso, a no ver lo que ya no le parecían los ojos de Linchados y daba tales ayes, que hasta la misma terna se compadecía de don Juan.

No creyendo el tigre en el poder de su enemigo y creyendo que los haría amigos, por bravo que fuera, no sería superior a un regimiento, puesto que lo acompañan hasta reyes de la selva, por su poder y ferocidad.

Llegó el día del combate, y el tigre a la cabeza de su ejército se puso en marcha y encontrar a su enemigo el quirquincho, el cual lo esperaba muy tranquilo en un bordito de la laguna.

Mientras marchaban, el zorro se empezó a quedar, simulando que se había

una espina, cuando ya iban a llegar al campo de Marte, dijo don Juan: "Mi jefe: no puedo dar un paso mas por que me duele muy fuerte la barriga" - Se quedó y se trepó en un tronco, para reirse de las cabriotas que darian sus compañeros al sentir las flechas.

Asi marchaba este ejercito tan poderoso y tan seguro de su triunfo, cuando dió orden el quirquincho a sus soldados, que ataquen y que no tengan piedad del enemigo, por soberbio y vanidoso. - Cuando estos llegaron, se vieron acometidos tan furiosamente por los de flechas, que no se oia mas que lamentos, gritos de suplica, quejidos y las voces de: "me riendo, me riendo!"

Mientras el zurro se descostillaba riendo y les gritaba: "¡Plagua como yo hice!" - Allí pudieron salvarse y luego disparó cada uno a su casa, para ocultar tan vergonzosa derrota.

Escuela Ambulante "G" La Esquina
 Director: Alberto J. Canceco

Narrador: Saturnino Morales de 42 años
 de edad.

Cuento. — "El rey que le gustaba los cuentos".

Era un rey que tenía una hija muy bonita, para hacerla casar con el hombre que le contara cuentos hasta que él dijera: "basta".

Como era tan interesante, fueron muchos los que pretendieron la mano de la princesa. — Comenzaban sus narraciones; unos contaban cuentos por espacio de una hora, otros 5, otros un día, aquel un mes, este un año, y cuando se les acababa el tema, eran hombres muertos.

Ya nadie se animaba intentar esa empresa tan difícil para contentar a su majestad, y que le diga "basta" sin exponer sus vidas.

Una vez se presentó el chuleo (hijo menor) de tres hijos que salieron a robar tierra y quiso probar fortuna, si podía casarse con la hija del rey. — Habló con el portero y le dijo la misión que lo traía al palacio, el cual, viéndolo tan joven y tan hermoso, lo desanimó por que sentía de que fuera muerto. — Pero este joven no se convenció y se presentó ante

el rey y le contó el siguiente cuento:
to: "En una comarca muy fértil, poblada puramente por agricultores, los cuales se acurraban para poner sus cosechas en un solo granero. Llegó un año tan bueno, que esta llegó a ser abundantisima, que para acomodarla tuvieron que hacer una pirguia (granero) tan grande y tan alta como la misma sierra vecina. Pero entró una plaga de hormigas que se comía la cosecha. Venía una hormiga y sacaba un grano, venía otra hormiga y sacaba otro grano, venía otra hormiga y sacaba otro, venía otra hormiga y sacaba otro grano....."

Impaciente el rey con tanta repetición le dijo que prosiga adelante. pero el joven le dijo, que no seguiría, sin antes hacer que las hormigas sacaran todos los granos y continuó por espacio de tres días: "venía una hormiga y sacaba un grano, venía otra hormiga y sacaba otro grano....." Hasta que por fin el rey cansado con esta monotonía le dijo: "basta" y el joven se casó con la princesa y a su majestad se le quitó la manía de que le cuenten cuentos.

Calorín, calorín, el cuento ha terminado.